



El don de una narradora milenaria

Por Carmen García de la Cueva (Ahora Semanal nº 22, 2016)

La escritora Chimamanda Ngozi Adichie (Nigeria, 1977) fue una lectora precoz, su madre siempre le ha dicho que empezó a leer con apenas dos años. También fue una escritora prematura: a los siete años ya escribía cuentos con ceras de colores que su madre estaba obligada a leer. Por entonces, en Nsukka, ciudad universitaria en la que pasó la infancia, todos los libros que tenía a su alcance venían de Reino Unido o de Estados Unidos, libros cuyos protagonistas poco tenían que ver con ella. Al igual que en los libros que leía, los personajes de sus primeras historias también eran blancos y de ojos azules, jugaban en la nieve y comían manzanas, hablaban mucho del tiempo y de lo hermosos que eran los días en que salía el sol. Adichie escribía el mismo tipo de historias que leía. No había salido nunca de Nigeria, no había visto nunca la nieve y su fruta favorita era el mango.

Si alguien le pregunta a Adichie qué es y qué ha sido siempre, ella dirá que narradora. Es fácil verla así: una de esas mujeres antiguas que contaban historias alrededor del fuego. En una conferencia que la autora dio hace algunos años habla de una de las primeras cosas que aprendió en la vida: el peligro de conocer una sola historia, de lo vulnerable e impresionable que se puede llegar a ser si solo se conoce una única historia. Como ella leía libros en los que todos los personajes eran extranjeros, estaba convencida de que en los libros que ella escribiera debía haber extranjeros, nieve y manzanas y no cosas con las que pudiera identificarse.

Referentes

Todo aquello cambió cuando descubrió los libros de autores como Chinua Achebe (Nigeria, 1930 - EE.UU., 2013) o Camara Laye (Guinea, 1928 - Senegal, 1980). Leyó *L'enfant noir* (1953) de Laye, protagonizada por un niño africano, que le hizo ver que podía contar la historia de su pueblo, su propia historia. Adichie confiesa: "Me di cuenta de que personas como yo, niñas con piel color chocolate cuyo cabello rizado no se podía atar en colas de caballo, también podían existir en la literatura".

Tertulias literarias

2

En el National Arts Club de Manhattan, después de una charla, se encontró por primera vez con Chinua Achebe. Se presentó y él le contestó: “Creía que estabas huyendo de mí”. Adichie llevaba evitándole desde que publicó a los 26 años *La flor púrpura* (2003), su primera novela —recibió el Commonwealth Writers’ Prize for Best First Book—. En *La flor púrpura*, Adichie condensa la pasión, la tragedia y las ansias de libertad de Nigeria en las tensiones que se respiran en la casa de la joven Kimbali. La historia de un hogar es también la de un país. Es una novela que trata de la juventud que demanda cambios, pregunta a sus padres y mira África con otros ojos. Es una juventud que no olvida el rostro más horrible de su pasado, pero cuya actitud ante la vida dibuja un rumbo distinto para el futuro. Escribe Chimamanda Ngozi: “Pronto llegarán las nuevas lluvias”.

El hijo de Achebe le mandó un correo que decía: “Mi padre acaba de leer tu novela y le ha gustado mucho. Quiere que lo llames a este número”. Adichie detalla en un artículo en el que habla de sus encuentros con Achebe que leyó el correo una y otra vez, pero que nunca lo llamó. Unos años después, sin que la escritora lo supiera, su editora le mandó a Achebe el manuscrito de su segunda novela, *Medio sol amarillo* (2006), un libro sobre la independencia de Biafra y la posterior guerra civil en Nigeria entre 1967 y 1970. Achebe le envió un texto que decía: “No solemos asociar la sabiduría con los principiantes, pero aquí tenemos a una nueva escritora que posee el don de los narradores milenarios. Adichie sabe lo que está en juego y qué hacer al respecto. Ni tiene miedo ni se siente intimidada por el horror de la guerra civil de Nigeria. Adichie llega casi completamente hecha”. Obtuvo el Orange Prize for Fiction por esa novela.

Beca en Estados Unidos

A los 19 años Adichie se trasladó a Estados Unidos con una beca de dos años para estudiar Comunicación y Ciencias Políticas en la Universidad de Drexel (Filadelfia). Su compañera de habitación quedó impactada en cuanto Adichie abrió la boca: “¿Dónde has aprendido a hablar inglés tan bien?”, le preguntó. La joven Adichie tuvo que explicarle que el inglés era una lengua oficial en Nigeria. La segunda cosa que su compañera quiso saber fue la “música de su tribu”. Adichie le mostró los CD de Mariah Carey. Se dio cuenta de que todo lo que su compañera estadounidense sentía hacia ella era una lástima condescendiente. Solo conocía una historia de África, una historia de catástrofe. Adichie no tuvo conciencia de que era africana hasta que llegó a Estados Unidos y se enfrentó a esa única historia que Occidente tiene de África. Piensa que “esta única historia de África como un país de gente incomprensible que muere de sida y hambre y debe ser salvado procede de la literatura occidental”.

Cuenta que en 1561 el comerciante John Locke se refirió en sus diarios de viaje a los africanos negros como bestias sin casa, gentes sin cabeza y con las bocas y los ojos en el pecho. En su conferencia de TED, Adichie explica que “lo que importa del testimonio de Locke es que representa el comienzo de una tradición de historia sobre africanos en Occidente. La tradición de que África es un lugar de diferencias y oscuridad”. Rudyard Kipling también escribió de los africanos que eran “mitad demonios, mitad niños”.

Cuando comenzó a ir a talleres de escritura creativa y le enseñó a un profesor estadounidense su novela, este le dijo que no era “auténticamente africana”. Tuvo que lidiar además con todos los estereotipos que se presuponían de ella por venir de un continente desconocido. “Dijo que mis personajes se parecían demasiado a él, hombres educados de clase media que conducían coches y no morían de hambre.”

Combatir el relato único

Es difícil no caer en el relato único, ella misma se avergüenza al confesar que se dejó llevar por la historia de que todos los mexicanos eran “inmigrantes abyectos”. Una vez viajó a Guadalajara y vio a la gente ir a sus trabajos, amasar tortillas en los puestos callejeros, fumar, reírse y se dio cuenta de que solo conocía la historia de lo que muchos estadounidenses pensaban de los mexicanos, pero que eso no equivalía a lo que los mexicanos eran. El riesgo sigue existiendo si, según Adichie, “mostramos a un pueblo como una cosa, una sola cosa, una y otra vez hasta que se convierte en eso”.

Su escritura parecía destinada desde el principio a combatir ese peligro. “Las historias también se definen por este principio: quién las cuenta, cómo se cuentan, cuándo se cuentan y cuántas historias son contadas depende del poder. El poder es la capacidad no solo de contar la historia del otro, sino de hacer que esa sea la historia definitiva.” Algo tienen en común Adichie y la reciente Nobel de Literatura Svetlana Alexiévich, ambas recogen en sus libros, como ficción y no ficción, respectivamente, las voces que no han sido escuchadas ni recogidas en la historia oficial. Adichie, al igual que Alexiévich, tiene que lidiar con la historia conflictiva de Nigeria y seguir contándola para que no triunfe la historia

Tertulias literarias

única. Adichie cree que “si comenzamos la historia con el fracaso del estado africano y no con la creación colonial del estado africano, tendremos una historia completamente distinta”.

En *Medio sol amarillo*, Richard, uno de los protagonistas, está escribiendo un libro sobre Nigeria. En un capítulo titulado “El mundo guarda silencio cuando morimos” describe cómo la Segunda Guerra Mundial transformó el orden global y una élite nigeriana procedente del sur del país comenzó a emerger. Pero el norte se mostraba receloso y temía la dominación del sur, más culto. Lo único que le preocupaba a los británicos entonces, cuenta Richard, era preservar la existencia de Nigeria, “su preciada creación, y de su amplio mercado, una espina para Francia. Para favorecer al norte, amañaron el resultado de las elecciones previas a la independencia del país y redactaron una Constitución que otorgaba al norte pleno control del gobierno central”. A esto se refiere Adichie: cuando llegó la independencia de la colonia británica en 1960, “Nigeria era ya una frágil colección de fragmentos prendidos con frágiles alfileres”.

Cuando estaba escribiendo esta novela, a los 29 años, estaba escribiendo su historia, pero también la de su padre y la de su país. Le aterrorizaba la idea de que los nigerianos y, en concreto, su padre la acusaran de no saber de lo que estaba escribiendo porque no lo había vivido. Un hombre le escribió para decirle que su padre había escrito el libro por ella. Cuando su padre la leyó, le confesó que sabía que sería buena pero no tanto y que “nuestra historia ha quedado registrada”.

Su prosa tiene mucho de relato oral. Escribe con cuidado y suavidad, dotando a cada uno de sus personajes del andamiaje necesario para que el lector pueda reconocerse. Achebe tenía razón en cuanto al don de Adichie para contar historias y hacer que el lector se deje arrastrar por las vidas de sus personajes.

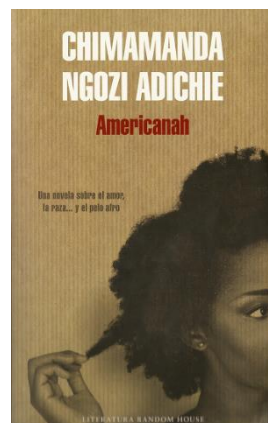
En su novela más reciente, *Americanah* (2013), que ganó el Chicago Tribune Heartland Prize y el National Book Critics Circle Award, pueden verse rasgos de Adichie en Ifemelu, la protagonista. Cuenta la historia de amor de una pareja nigeriana condenada a separarse para buscar un futuro mejor lejos de su país, y recorre sus vidas durante tres décadas y a lo largo de tres continentes distintos. Es mucho más que una historia de amor: es una novela de formación y una crítica a la sociedad contemporánea.

La voz de una generación

En una entrevista en *The Guardian*, Adichie afirmó que toda la literatura trata sobre el amor, pero “cuando los hombres escriben sobre ello, es un comentario político sobre las relaciones humanas. Cuando las mujeres lo hacen, es solo una historia de amor”. Quería hacer de *Americanah* algo más que una historia de amor, pero también quería luchar contra la idea de que las historias de amor no son importantes, quería usar el relato de un romance para hablar de otras cosas. Confiesa que muchas nigerianas no se sintieron identificadas ni cómodas con Ifemelu porque no estaba agradecida por tener un buen hombre. *Americanah* es también una novela feminista: “¿Por qué tiene que estar ella agradecida a su hombre? ¿Tenemos los mismos estándares para los hombres? No. Ella engaña a un buen hombre sin razón y es crucificada por ello, pero si fuera al revés, si ella fuera un hombre...”.

En “*Todos deberíamos ser feministas*”, la charla en TED que Literatura Random House publicó, Adichie hace una defensa apasionada del feminismo. En Suecia se han distribuido ejemplares entre los estudiantes de 16 años. “Por las historias que he oído, mi bisabuela era feminista. Se escapó de la casa de un hombre con el que no se quería casar y se casó con el hombre que había elegido ella. Cuando sintió que la estaban despojando de sus tierras y sus oportunidades por ser mujer, ella se negó, protestó y denunció la situación. Ella no conocía la palabra ‘feminista’. Pero eso no quiere decir que no fuera feminista. Mucha gente tendría que reivindicar esa palabra.”

Adichie dice que de niña, hija de padres universitarios, quiso inventarse una infancia desdichada, similar a la de los escritores que admiraba. No le hizo falta recurrir a la ficción: sus abuelos habían muerto en un campo de refugiados, una



prima falleció por falta de atención médica y un amigo murió en un accidente de avión porque los camiones de bomberos no tenían agua.

Creció bajo regímenes militares represivos y vio cómo sus padres (él, profesor y ella, administrativa en la Universidad de Nigeria) perdieron su salario porque esos regímenes totalitarios no creían que la educación fuera importante. El miedo también fue una parte elemental de su infancia y adolescencia. “Todas las historias me hacen ser quien soy, pero si insistimos solo en lo negativo sería simplificar mi experiencia y omitir otras muchas historias que me formaron. La historia única crea estereotipos y el problema de los estereotipos no es que sean falsos, sino incompletos. Hacen de una sola historia, la única historia. Roban la dignidad de los pueblos.”

En Medio sol amarillo, uno de los personajes le recita a otro, entre los albores del sueño, un poema que se le acaba de venir a la cabeza: “Parda, / resplandor de sirena en la piel, / se muestra, / cual aurora de plata, / y el sol la viene a ver; / sirena / que nunca será mía”. Ella exclama: “Como diría Odenigbo [otro personaje]: ¡la voz de una generación!”. Y él le pregunta: “¿Y qué dirías tú?”. Ella responde: “La voz de un hombre”.

Adichie es la voz de una generación contando la historia de su pueblo y la de una mujer contando su propia historia.

Fonte: <https://www.ahorasemanal.es/chimamanda-ngozi-adichie-el-don-de-una-narradora-milenaria>

La flor púrpura

por José Antonio Gurpegui (El Cultural, 2016)

La primera persona que me habló de Adichie fue Wole Soyinka el pasado mayo en Harvard. Después de recordar frente a un té tiempos pasados con nuestro común amigo Derek Walcott me preguntó si había leído a su compatriota Chimamanda Adiche (Enugu, Nigeria, 1977). Debí confesarle que ni tan siquiera reconocía el nombre y me recomendó algunos títulos, auténticos “must”. Ahora ha llegado a mis manos la traducción de *La flor púrpura*, primera novela de la autora nigeriana, que me ha capturado de la primera a la última línea. No me resultaría extraño que el nombre de Chimamanda Adiche llegara a figurar junto a los de Chinua Achebe y el propio Soyinka.

La flor púrpura es un genuino *bildungsroman* o novela de formación. Kambili, protagonista y narradora, es una adolescente que vive en una familia singular por lo compleja. Su padre, acomodado empresario, demócrata y librepensador, no duda en enfrentarse desde las páginas de su periódico al dictador que ha tomado el poder. Pero al mismo tiempo es un fanático católico -“si todo el mundo rezara cada día, Nigeria no se tambalearía como un hombretón con piernas de chiquillo” (p. 21)- que ha impuesto un régimen dictatorial teocrático en su propia familia. Nadie escapa a los castigos físicos para enmendar malas acciones y pensamientos: derramará agua hirviendo en los pies de su hija para que entienda que “esto es lo que a uno le ocurre cuando camina hacia el pecado. Se quema los pies” (p. 192). Es domingo de Ramos y Jaja, hermano de Kambili, no comulga en el servicio religioso. Ya en casa el padre le lanza el grueso misal, aunque por suerte solo destroza unas figuritas en la estantería.

Durante las siguientes doscientas páginas (“Antes del Domingo de Ramos”) se narra cómo se ha llegado a esa situación; en las próximas cuarenta (“Después del Domingo de Ramos”) se cuentan las consecuencias de esa acción; y por último hay una suerte de epílogo (“El presente”) de apenas quince páginas. Lo que ocurrirá -y no desvelo nada- es que la madre envenena al padre; Jaja se autoinculpa, es encarcelado y unos años más tarde, cuando un nuevo gobierno alcanza el poder, será supuestamente liberado. El ambiente social, el trasfondo narrativo, es siempre el de la violencia política, pero no representan el meollo de la trama.

Los verdaderos conflictos, la esencia de la novela, se plantean en la primera parte. Kambili, sin saberlo, se encuentra atrapada en un mundo dominado por el fanatismo religioso. Cuando la protagonista y su hermano van a vivir con la tía Ifeoma, hermana del padre y profesora de universidad, en una casa donde “la risa siempre estaba presente” (p. 141), descubren una nueva realidad. El personaje de Kambili me ha recordado poderosamente al joven Antonio en *Béndice*, *Última* (1972) del nuevomejicano Rudolfo Anaya, también atrapado en un universo donde el catolicismo de su madre permea la vida diaria. Si la curandera Última insufló en Antonio el aire fresco que necesitaba, será Nnukwu, abuelo de los niños y personificación de los valores ancestrales, quien encarnará la alternativa a la propuesta familiar en *La flor*

púrpura. El padre entra en cólera cuando descubre que los niños viven con su propio padre -el abuelo- porque veía “el peligro que suponía que un pagano viviera bajo el mismo techo que sus hijos” (p. 179).

La novela no es una crítica ni a la religión en general ni al catolicismo en particular -paradójicamente será un misionero, el padre Amadi, quien ayudará a Kambili en su progresión personal- sino al fanatismo que niega otras realidades.

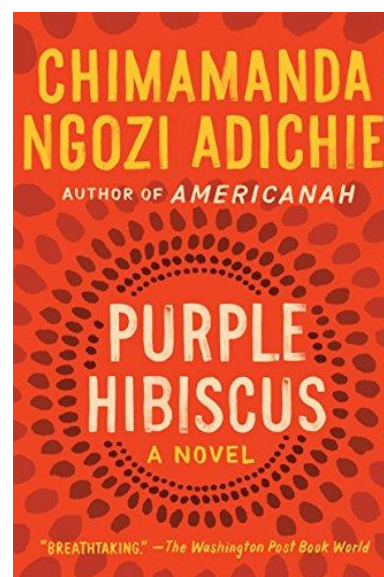
Hay un equilibrio entre la vida interior de la protagonista y el despótico mundo en el que vive, y también resulta encomiable cómo se desarrolla su transición interior. La madre entiende que la violencia solo puede combatirse con la violencia -envenena a su esposo-, pero las actuaciones de sus hijos -la falsa autoinculpación de Jaja- resultan ser una inteligente propuesta a la espiral de violencia.

Fonte: <https://elcultural.com/La-flor-purpura>

La flor púrpura

por Honorio Penadés (365 días de libros, UC3M, 2018)

¿Qué sabemos de Nigeria? Hace pocos meses una periodista francesa, durante una entrevista a la novelista nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie cometió la torpeza de preguntar si en Nigeria había librerías. La entrevistadora, de un programa cultural francés, preguntó a la laureada novelista si creía que sus libros se leían en Nigeria. «Le sorprendería saber que sí; se leen, no sólo en Nigeria sino en África». La entrevistadora continuó «¿Es que hay librerías en Nigeria?» y trató de corregirse inmediatamente admitiendo «No sabemos mucho sobre Nigeria, aparte de la violencia de Boko Haram, y quizá su presencia en el programa nos podría ayudar a superar nuestra ignorancia sobre su país». El rifirrafe en las redes fue monumental, y fue salvado por la propia autora que en un comunicado de prensa defendió a la entrevistadora por la calidad e inteligencia de su trabajo, e introdujo la reflexión sobre el desconocimiento de África desde Europa, hasta el punto de que alguien se pueda preguntar en voz alta qué vida cultural hay, cuánta gente lee, o qué dotaciones culturales como librerías y bibliotecas tiene un país que posee un Premio Nobel de Literatura (Wole Soyinka) o un novelista conocido como «padre de la literatura africana moderna» (Chinua Achebe) galardonado por más de treinta universidades del «primer mundo»! Eso además de la actual celebridad de la propia Chimamanda Ngozi Adichie, nigeriana y profesora en universidades estadounidenses, que además de por su propia obra literaria es un modelo para toda una generación de mujeres en todo el mundo gracias a su conferencia de la que ya hablamos aquí «Todos deberíamos ser feministas».



Antes de llegar a la celebridad, a la conferencia, al éxito editorial y al programa televisivo, Adichie ha luchado como muchos novelistas para abrirse paso, en primer lugar, dentro de su propia expresión, encontrar su estilo y lenguaje propios, y el modo de desarrollarlos en una obra narrativa.

Y la novela que nos trae hoy, «*Purple Hibiscus*», traducida en español como «*La flor púrpura*» es la primera (2003) de las tres de esta autora, y de alguna manera un precedente de su novela más famosa «*Americanah*» (2013). *La flor púrpura*, volvamos al asunto inicial, se desarrolla en una Nigeria que no conocemos por las noticias, y que quizá no imaginamos. Relata la historia del crecimiento personal y emocional de una joven de quince años (Kambili), tímida y brillante, y su relación con su familia: un padre rico, muy rico, propietario de varias empresas, benefactor de diversas comunidades vecinales, católico muy rígido; una madre humillada más que sumisa; un hermano que quiere comenzar a ser rebelde; una tía -profesora universitaria- libérrima y pobre; y unos primos que proporcionan una ventana de aire fresco al opresivo ambiente familiar en que vive Kambili su adolescencia... hasta que ocurren sucesos que no vamos a contar aquí, que mezclan los problemas de la actual Nigeria postcolonial y frágil con uno de los mayores males que asolan muchos de los hogares y familias de esto que podemos convenir en llamar irónicamente «el primer mundo».

La flor del hibisco rojo aparece simbólicamente en tres breves menciones a lo largo de la novela, mezcladas con numerosas alusiones a las distintas plantas del jardín de la rica casa familiar de Kambili o del patio de la destartalada casa de la tía Ifeoma, junto con interesantes contrastes entre una casa y otra: la obediencia, la disciplina, el silencio, el respeto, y hasta la higiene personal son tremendamente opuestos de una casa a la otra; a estas apreciaciones debemos añadir la carga simbólica que tienen las muy frecuentes menciones -que no descripciones casi- a un amplio despliegue de alimentos de nombres locales cuyo sabor ignoramos, como ignoramos en el fondo casi todo sobre el clima -que también juega su papel en el relato- o ignoramos aspectos sobre cómo se comporta la gente en las casas, las calles, las carreteras, los colegios o las universidades de Nigeria, los padres con los hijos, los maridos con las mujeres o los jóvenes con sus mayores.

El símbolo final, y esta es una apreciación muy personal como lector, es el padre Amadi, joven sacerdote católico nigeriano que es enviado por sus superiores a una parroquia en Alemania, en un viaje con el que se cierra el círculo de la colonización cultural.

Fonte: <http://biblioteca2.uc3m.es/365diasdelibros/2018/04/06/la-flor-purpura-de-chimamanda-ngozi-adichie/>

"Me incomoda que me llamen activista. Solo soy una escritora"

Por Jessamy Calkin (El Mundo -Yo Dona - 2019)

Sus novelas le han valido muchos galardones literarios, pero fue una conferencia titulada '*Por qué todos deberíamos ser feministas*' la que convirtió su voz en una de las más respetadas del planeta. En esta entrevista habla de su Nigeria natal, del miedo que le da Trump, del secuestro de su padre y de cómo pretende impedir que su hija se alise el pelo antes de cumplir los 18 años.

Cuando Chimamanda Ngozi Adichie era alumna de primaria en Nsukka, en el sudeste de Nigeria, la profesora anunció que había examen y que quien sacara la mejor nota se convertiría en delegado de la clase. Podría patricular por el aula blandiendo un bastón y denunciar a los que se portaran mal. Adichie tenía nueve años y fue la mejor, pero la profesora dijo que el delegado debía ser, obviamente, un chico. Así que el alumno que había sacado la segunda mejor nota -un niño que no valía para el puesto- se convirtió en delegado. Adichie nunca olvidó aquello.

Habló de ello en su charla TED '*Todas deberíamos ser feministas*', vista más de siete millones de veces en internet y convertida en libro. "No es que explicara nada que la gente no supiera", dice, "lo que pasa es que lo hice con un lenguaje más accesible".

Estamos en un cavernoso estudio en el norte de Londres, y Adichie intenta elegir qué ponerse de entre el animado y atrevido vestuario (un vestido rojo de *The Vampire's Wife*, otro colorido y africano de Stella Jean, zapatos de Jimmy Choo, un traje de pantalón rosa de Peter Pilotto, un vestido largo de Alice Temperley). Está maravillosa con todos ellos.

La sesión de fotos es ruidosa y divertida. Hay fotógrafos, directores de arte, una peluquera y maquilladora, y su marido, un médico americano de ascendencia nigeriana llamado Ivara Esege, o IV. Y su hija, de casi tres años, que, entretenida, lo supervisa todo.

Adichie me explicará más tarde que no le gusta que le hagan fotos. Pero lo disimula bien, aguantando los cambios de vestuario y la música nigeriana que poco tiene que ver con el Nigerian High Life, su estilo musical favorito. En los ratos muertos, su peluquera intenta enseñarle unos cuantos pasos de baile. Baila muy mal. Su familia se ríe de ella cuando lo hace. "De adolescente mis amigos me decían 'pareces una blanca'. Y me gritaban '¡Eh, blanca, ¡síntate! ¡No tienes ritmo!', confiesa. Su voz es fuerte y alegre, y se ríe constantemente. Esas risotadas que la sacuden de forma inesperada son una de las cualidades más atrayentes de Adichie. Tiene un enorme prestigio, pero la risa es lo que la define. Comienza poco a poco y se enciende, convirtiéndose en algo explosivo. Se ríe de las cosas más inesperadas y es deliciosamente irreverente para alguien cuyos puntos de vista sobre temas serios gozan de un amplio respeto.

Tertulias literarias

7

Cuatro libros en el mercado

Adichie es escritora y contadora de historias. Es lo que siempre quiso hacer, y es muy buena haciéndolo. Ha escrito tres novelas y un libro de historias cortas. 'La flor púrpura' fue seleccionada para el Man Booker Prize en 2004. 'Medio sol amarillo', sobre la lucha del pueblo igbo por la independencia en la guerra de Biafra, ganó el Orange Prize 2007 a la mejor ficción. 'Americanah', de 2013, sobre las experiencias de una estudiante nigeriana que se muda a América, se llevó el premio del Círculo de Críticos del Libro Nacional, y se ha convertido en un bestseller de largo recorrido. En 2009 escribió un libro de historias cortas, 'Algo alrededor de tu cuello', y el año pasado publicó 'Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo'.

Pero Adichie es, además, una figura inspiradora. Su primera conferencia, 'El peligro de la historia única', de 2009, ha sido vista 16,5 millones de veces. La segunda, 'Todos deberíamos ser feministas', fue publicada en formato libro y repartida a todos los jóvenes suecos de 16 años. Su título adornó una camiseta de Dior y una de sus citas aparecía en la canción Flawless (2013) de Beyoncé.

Adichie tiene innumerables títulos honoríficos y premios, imparte talleres de escritura en Nigeria y figura en las listas de lecturas exigidas en los campus de toda América. A comienzos de año, cuando se disponía a dar una charla junto a Reni Eddo-Lodge en el Festival de las Mujeres del Mundo de Southbank, en Londres, el público se levantó en una unánime ovación.

Así surgió el icono feminista

Lo de icono feminista no es una etiqueta que Adichie hubiera elegido, ni con la que se identifique. Las etiquetas, explica, pueden limitarte. Su trabajo es contar historias: "Obviamente soy muy feminista, pero me veo a mí misma como escritora, aunque sé que el lugar que ocupo en el mundo va más allá". Tampoco se percibe a sí misma como activista. "Me incomoda que me llamen así. Los activistas son de verdad, hacen cosas muy serias. Yo solo hablo utilizando la plataforma que me dio la escritura", afirma.

Todo esto tiene un coste, principalmente de tiempo. Adichie rechaza el 95% de las solicitudes que le llegan para participar en eventos. "Me gustaría hacerlo, pero debo proteger mi tiempo de escritura", alega. En ocasiones acepta, "si siento un vínculo emocional. Podría ir a hablar a una escuela de barrio en Washington DC porque creo que esos chicos y chicas nunca tendrán la oportunidad de ver a escritores como yo".

En la Biblioteca Británica recibió el PEN Pinter Prize 2018 a una escritora "de mérito literario sobresaliente que", en palabras de Harold Pinter, "proyecta una mirada inquebrantable e inmutable sobre el mundo, y muestra una vehemente determinación intelectual... Para definir la auténtica verdad de nuestras vidas y nuestras sociedades". Ella tituló su discurso 'Calla y escribe'. Para escribirlo se inspiró en la idea de que en Nigeria a la gente le gustan sus libros, pero a algunos les molestan sus posturas políticas: "Un conocido me dijo: 'Los nigerianos solo quieren que te calles y escribas. No les gusta que hables de feminismo ni de los derechos de los gays'".



En Nigeria la homosexualidad es ilegal

"Cuando la gente no está de acuerdo con que yo opine, me quieren despojar de mi ciudadanía. Cuando me dicen que me calle y escriba, me están diciendo que no soy una ciudadana, que no puedo hablar de las cosas que son injustas", añade.

Adichie creció en una familia de clase media alta, la quinta de seis hermanos. James, su padre, era profesor en la Universidad de Nigeria, donde su madre, Grace, trabajaba como secretaria de admisiones. "Mi madre era la que más molaba del campus; todos los niños la adoraban y cualquiera podía venir a casa a comer. Y nuestras fiestas de

Tertulias literarias

cumpleaños eran las mejores. Conforme fui creciendo sucedió eso de que madre e hija no ven el mundo de la misma manera, y me di cuenta de lo distintas que somos y de que me parezco más a mi padre".

El campus universitario era terreno seguro, con su iglesia, sus aulas y su biblioteca. Adichie se entretenía allí con sus hermanos: "Éramos unos diablillos. Recuerdo mi infancia como un tiempo libre y feliz, corriendo y jugando a fútbol, manchándonos y bañándonos juntos en un barreño. Salíamos por la mañana y volvíamos por la tarde, y no pasaba nada". Le hubiera gustado que fuera igual para su hija, "pero eran otros tiempos".

Nigeria en su vida

Ella se siente muy apegada a Nigeria y a la localidad de sus ancestros, Abba, donde todos están orgullosos de Chimamanda por haber conservado el igbo, su lengua materna. "Cuando vuelvo al pueblo se ponen muy contentos no solo porque hablo igbo, sino porque capto los matices más sutiles. En Abba me convierto en un tipo concreto de mujer igbo", presume. Todavía se enzarza en discusiones, como cuando alguien comienza a hablar de las nueces de kola, por ejemplo, un elemento fundamental de la cultura igbo que tradicionalmente bendicen los hombres. Entonces Adichie pregunta: "¿Por qué? A mí también me gustaría bendecirla. Hablemos de ello. ¿Por qué no hacemos que sea cuestión de méritos en lugar de un asunto de género?". Y los hombres ponen los ojos en blanco.

Sin embargo, el secuestro de su padre en 2015 puso a prueba la fe de Adichie en su país. Escribió sobre ello en The New York Times, sobre cómo el hombre, de 83 años, fue llevado desde Nsukka a una reunión de la que no volvió. Y sobre cómo los secuestradores llamaron a su madre y le dijeron "tenemos a tu marido". Ella estaba en Estados Unidos, embarazada, cuando se enteró de lo sucedido: su padre había estado tres días desaparecido sin sus medicamentos contra la diabetes, y su hermano había depositado una gran bolsa con dinero en efectivo en el bosque, tras lo que su padre había regresado. Al día siguiente, James voló a Estados Unidos con su mujer. Adichie no se puede sacar de la cabeza que los secuestradores sabían quién era ella. "Dile a tu hija Chimamanda que consiga el dinero", fue su mensaje.

"Fue por mi culpa", dice hoy, "ese incidente afectó a mi padre, le quitó algo. Ahora tiene una desconfianza que antes no sentía. Pertenece a una generación que posee un tipo concreto de integridad. Durante mucho tiempo había cosas que no entendía, como los sobornos, que le dejaban perplejo". "Él lo dio todo", insiste, "después de conseguir su doctorado en Estados Unidos, en los 60, tuvo allí varias ofertas de trabajo, pero quiso volver a Nigeria. Era el tiempo de la post-independencia, todo el mundo estaba entusiasmado y mi padre decidió dedicar su vida a enseñar. Yo tuve la sensación de que Nigeria le había fallado. Que metieran a un hombre de su edad en el maletero de un coche...".

Sus padres se han ido a vivir a Abba, más seguro. "Aquel incidente me rompió el corazón y fue la primera vez que empecé a cuestionarme en serio ciertas cosas sobre Nigeria", dice. El conductor del coche que se llevó a su padre está en prisión a la espera de juicio, pero nadie más fue imputado.

Su llegada a Estados Unidos

Al acabar la secundaria, Adichie comenzó a estudiar Medicina en Nigeria, pero cambió de parecer, se mudó a Estados Unidos con 19 años y se licenció en Connecticut en 2001. Hizo un máster en escritura creativa en la Johns Hopkins University de Baltimore y recibió una beca MacArthur, conocida como la beca de los genios, en 2008.

Se describe a sí misma como una "visitante en América, curiosa y satisfecha con lo que tiene". Actualmente vive la mitad del tiempo en Maryland con su marido y su hija, "en una gran casa en un barrio afable y seguro, muy limpio y diverso (nuestros encantadores vecinos son de Bangladés)". Adichie pasa cinco meses al año en Lagos, donde tiene una casa, y piensa seguir yendo y viniendo con su hija. Allí hace tanta vida social que le resulta difícil escribir. "Tiene una energía especial, quizás es la mía. Entiendo Nigeria", afirma.

Adichie y su hija se reúnen conmigo un día después de la sesión de fotos en el lobby de su hotel, el One Aldwych de Londres. No lleva maquillaje y aparenta 18 años. La niña sale corriendo y se lanza a los brazos de su padre. "IV está muy involucrado", cuenta Adichie. Cuando lo conoció supo "que valía la pena. Sus padres hicieron un buen trabajo con él".

Tertulias literarias

Con su hija habla igbo, y así continuará hasta que tenga siete años, para que lo domine. Le sorprende -y divierte- que la niña ya dé muestras de tener claro lo que quiere. Adichie intenta no lavarle el cerebro, sino más bien permitirle que descubra las cosas por sí misma. Comen mucha fruta y verdura y cosas saludables, pero hace poco la niña llegó a casa y le dijo que habían comido un perrito caliente en el colegio. "Dijo: 'Mamá, me han dado un perrito caliente'. Yo le comenté: '¡Son asquerosos!', y me respondió: '¡No es cierto!'".

De niña, Adichie tenía el pelo largo y su madre le peinaba con trenzas muy tirantes que le hacían daño. Pero en ocasiones especiales, como Navidad, Pascua o cumpleaños, su hermana se lo alisaba con unas pinzas que calentaba en una cocina de gas. "Les ponía vaselina, que chisporroteaba, y luego las pasaba por mi pelo separándolo en mechones. Yo oía cómo se freía, cómo crepitaba el peine, pero después estaba largo y liso, y me encantaba. Durante los siguientes dos días iba por ahí luciendo mi melena. Tenía que evitar que se mojara o sudar demasiado, porque desaparecía el efecto. Cuando ahora pienso en ello... Madre mía...", musita.



¿Dejará que su hija haga lo que quiera con su pelo? "Hasta que tenga 18 años, mientras yo esté pagando sus facturas, mientras la esté alimentando yo, no podrá alisarse el pelo. Lo tiene precioso y espero que se dé cuenta de que es una estupidez usar productos químicos para alisarlo. Le explicaré que no es saludable. Le diré: 'Es horroroso. Y punto'". Se ríe. Me acuerdo de lo del perrito caliente. Buena suerte con ello.

A Adichie no le preocupa crear controversia. Los clásicos textos feministas la aburren. Desafía los puntos de vista más aceptados y cree que en ocasiones no se hacen determinadas preguntas porque la gente tiene miedo de ofender a alguien. Condena la actual rapidez para indignarse y rechaza la terminología de moda. También considera que está bien separar el arte del artista. Entonces, ¿podrían gustarle los libros de un autor, aunque fuera un gilipollas? "Mi postura sería: ¿hasta qué punto es un gilipollas? Porque, en general, los seres humanos se merecen cierto perdón por el simple hecho de ser humanos. Gente como Philip Roth, por ejemplo. Sí, creo que gran parte de su trabajo tiene elementos misóginos, creo que no entiende a las mujeres y que no le gustan, pero a mí me gusta su obra".

"Así que querría saber lo que sucede caso por caso. Hay gente a la que nunca apoyaría, como Harvey Weinstein. El simple hecho de leer sobre él... es asqueroso", dice. Hace poco que relató su propia experiencia, cuando un editor la acosó sexualmente cuando tenía 17 años.

Sobre el #MeToo

Un año después del comienzo del #MeToo, ¿ve algún aspecto negativo en el movimiento? "Si lo hay -y creo que existe en casi cada movimiento que lucha por obtener algún tipo de justicia-, ya está pasando. Pero me cuesta hablar de un aspecto negativo porque, incluso si existe, no quiero que se convierta en el tema de conversación", responde.

Respecto a la política estadounidense, cree que se ha vuelto como la africana: "Quizás es la escritora de ficción que hay en mí, pero una escena que se ha quedado en mi cabeza es el caos en los aeropuertos provocado por el veto a los países musulmanes. Nadie sabía qué estaba pasando, ni siquiera la policía de inmigración sabía qué tenía que hacer. Nunca creí que algo así pudiera suceder en América".

Le digo que con Trump debe de haber muchos momentos así. "Recuerdo que en Nigeria decíamos aquello de 'esto nunca pasaría en América'. Ahora creo que está ocurriendo todo lo que podría suceder allí. La idea de que el presidente pueda colocar a familiares en posiciones de poder por razones que nadie entiende es muy nigeriano. Que pueda ser opaco con sus negocios, ocultar su declaración de impuestos... Mis amigos de allí dicen que los estadounidenses nunca más podrán volver a darnos lecciones de buen gobierno", señala.

Tertulias literarias

La herencia en la era post-Trump

Su mayor preocupación es cuál será la herencia que la era post-Trump recibirá de todo lo que está ocurriendo ahora: "Creo que el daño será enorme y que durará mucho tiempo. Hay algo muy feo en la política americana de hoy en día". Se refiere a cuando Trump se mofó públicamente de Blasey Ford, la mujer que acusó al magistrado Kavanaugh de abuso sexual. Hace casi 20 años que Adichie llegó a Estados Unidos, pero dice que nunca ha visto ese nivel de fealdad, y afirma: "Sé que a George W. Bush no le gustaban nada los de izquierdas, pero ahora hay algo vil en el aire, una permisividad hacia la misoginia y el racismo".

Adichie está en contacto con Hillary Clinton ("no lo ha superado", asegura), pero le preocupan los demócratas ("tienen que dejar esa actitud de superioridad moral", aconseja). Admira a la senadora de California Kamala Harris, "pero no quiero que se presente porque es mujer, y negra. Creo que quizás debiéramos tener un hombre blanco para poder sacar a Trump. Sus bases están muy encendidas y son muy ruines. Me preocupa".

Ha decidido no convertirse en ciudadana americana, pese a su enorme decepción con Nigeria: "Pero si voy a hablar por mi país, entonces tengo que viajar como una nigeriana, porque tener pasaporte de allí significa que debes salvar un montón de obstáculos".

En igbo, la palabra Chimamanda significa espíritu que no se puede romper. Tiene 41 años, pero parecen muchos menos. A veces, dice, esto actúa en su contra, sobre todo en Nigeria, donde edad y respeto van de la mano. "Una cosa buena de la edad, sobre todo en culturas como la nuestra, es que cuando eres una mujer madura puedes salirte con la tuya más fácilmente. Estoy impaciente por que me llegue esa oportunidad", dice, y añade: "Creo que cuando me haga vieja seré una cascarrabias. Mucho. Y espero llegar a los 70, madre mía, ¡qué ganas! ¡Echaré la bronca a todo el mundo! Es decir, ya lo hago de alguna manera, ¡pero lo haré mucho más!".

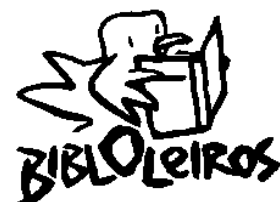
Y aquí estamos de nuevo, en clase con aquella niña de nueve años, pero que esta vez lleva su bastón. Y se ríe.

Fonte: <https://www.elmundo.es/yodona/lifestyle/2019/01/15/5c35c4b721efa0d0458b465e.html>

Para saber más:

- [Todos deberíamos ser feministas, de Chimamanda Ngozi Adichie \(pdf\)](#)
- [Todos deberíamos ser feministas, de Chimamanda Ngozi Adichie \(vídeo\)](#)

[Archivo documentación Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)



Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 - Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2019-2020